

ENSAYOS PREMIADOS EN LA I EDICIÓN PREMIO DE ENSAYO ACISE & ASAMBLEA DE EXTREMADURA, SEPTIEMBRE DE 2014

1º PREMIO

La Crisis en Extremadura: Aprendiendo a nadar bajo el aguacero

Autor: José Manuel Lozano

“Se puede definir el verdadero método del biógrafo como la aplicación de la ciencia antropológica y psicológica al problema, que consiste en lograr la comprensión viva de una unidad vital, de su desenvolvimiento y su destino”

Dilthey, W.

INTRODUCCIÓN

No se me ocurre mejor manera de comenzar un ensayo sobre la crisis en Extremadura que mediante una ordenada exposición de grandes índices socioeconómicos y demográficos que ayuden a ponernos en situación: Aumentos o bajadas porcentuales del PIB, cifras relativas al desempleo nacional y regional, datos macroeconómicos públicos y privados, resultados de investigaciones del CIS, los últimos números ofrecidos por el INE... sin embargo, no voy a iniciar este ensayo de esta manera, a pesar de ser lo habitual y asumo el riesgo de decepcionar al lector.

Reconozco la utilidad y la conveniencia de conocer los datos, las cifras, los números... se me aparecen como herramientas imprescindibles de análisis científico y de obligada consulta ciudadana y política. Apoyo las iniciativas que pretenden mejorar y ampliar las herramientas estadísticas, índices sociales y metodologías cuantitativas que permitan mejorar técnicas de diagnóstico y control de los procesos económicos y sociales.

Aunque los utilice y los defienda, elijo conscientemente comenzar este ensayo de una manera diferente. Y es que, he de confesar que en ocasiones me canso de los grandes números, de los índices, de los porcentajes, de los datos, de las cifras, de las tablas, de los gráficos...al menos me consuela tener la sensación de ser un cansancio compartido con muchos otros ciudadanos últimamente.

Supongo que ese cansancio tiene que ver con una característica peculiar de las ciencias sociales: su objeto de estudio (la sociedad y sus componentes) está vivo, es cambiante y reacciona respecto de los discursos que se hagan de él. Además una vez que hemos diseñado la investigación, recogido los datos y los hemos analizado e interpretado, nos damos cuenta de que la situación ha cambiado de manera brusca y en distintos frentes. Los datos se publican a menudo ya obsoletos en las revistas especializadas y periódicos. Diagnosticamos pacientes que ya se han ido de la consulta, fotografiamos pájaros en movimiento. Algunos tenemos la incómoda sensación de que, política y socialmente, cada vez más nos movemos en un presente orientado con datos del pasado sin previsiones de futuro. Es por ello, que al intentar analizar y estudiar lo que venimos conociendo entre nosotros como “La Crisis”, el enfoque cuantitativo se me presenta necesario pero insuficiente.

Propongo recuperar aquí, en un análisis sobre La Crisis en Extremadura, una aproximación complementaria. Una perspectiva más densa, más profunda, quizás más arriesgada pero igualmente necesaria. Heredera de autores como Dilthey, Bruner, Geertz, Berger y Luckman o Sennett por citar unos pocos y cuya principal idea me atrevo a resumir en la siguiente cita: "El hombre es un ser inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido" (Geertz citado en Fernández Moreno, 2004, 278). Por mucho que mire en los grandes números no veo rastro de significados, de tramas culturales, de las ideas y creencias que tantos individuos hemos mantenido, que nos han conducido a esta situación. Puede que sólo sea un anhelo personal pero, desde mi punto de vista, entender La Crisis como una trama de significados que nosotros mismos hemos tejido, constituye un complemento explicativo a la aproximación de los grandes números. A veces hay que dejar de mirar la estructura del edificio y revisar la intención con la que se elaboraron los planos. A lo mejor el problema no está en el motor del coche, sino en la manera en que lo conducimos.

La Crisis, aun siendo una realidad compleja con una dimensión económica, política, sociológica, antropológica y sociológica, no deja de ser un relato que nos contamos a nosotros mismos y a los demás. Mientras esperamos a que con el paso del tiempo se consensue en los libros de Historia un relato mayoritario sobre La Crisis que empezó en 2007, lo que tenemos ahora mismo es una multiplicidad de voces, de narraciones que elaboran, transmiten y escuchan diferentes personas, medios y grupos.

Estas voces incluyen una trama narrativa, tienen tensión dramática, son relatos que desarrollan temas, son historias de triunfos, de derrotas, de romances, de comedias o de tragedias (Rosa, Blanco, Huertas 1996, 25.). Estas narraciones, estos relatos acerca de La Crisis, estas historias grupales y personales no son inocuas, también generan cambios y movimientos en las personas: su carga bascula entre incitar a la acción y regodearse en la impotencia. Por esa razón pretendo cambiar el punto focal del análisis y pasar de las estadísticas hacia una aproximación que se concentre en los cambios de vida, adaptaciones y formas de vida que La Crisis ha propiciado en personas concretas, de carne y hueso que viven en Extremadura. Propongo partir del análisis de mi propio relato autobiográfico por cuestiones de tiempo e inmediata accesibilidad. Mi única pretensión es intentar lograr que la narración esté realizada con criterios que permitan conectar la evidencia empírica y conceptual de los grandes números de la Crisis en una historia con sentido, con significado.

Esta es la dimensión que quiero reivindicar en este ensayo: la dimensión del sentido, de los significados. En última instancia eso es lo que mueve el comportamiento de las personas y genera cambios en las sociedades: las intenciones, los deseos, las perspectivas, los horizontes, las expectativas, los significados compartidos, los símbolos. Hechos como que los ciudadanos ocupen la Plaza Tahir, que rompan a martillazos una estatua de Lenin, que asesinen y exhiban el cadáver de Mussolini, derrumben un Muro en Berlín, quemar banderas o colapsen Madrid con una marea de manos blancas contra el terrorismo no pueden entenderse, comprenderse ni explicarse satisfactoriamente si no acudimos a los símbolos y significados compartidos que movieron a tantas personas hacia un mismo lugar en un mismo momento. Ningún tratado de geografía, urbanismo, metalurgia o medicina nos ayudará a comprender semejantes acontecimientos. Seguramente ninguna teoría, dato o porcentaje por sí mismo tampoco.

Una vez expuesta la postura que ha motivado este texto, poco más me resta por señalar. Manteniendo una estructura propia del ensayo, tras esta introducción, pasaremos a tratar los antecedentes de la cuestión que nos ocupa, desarrollaremos nuestra tesis o argumento principal y finalmente concluiremos de una manera poco contundente aunque esperemos que significativa y razonable.

ANTECEDENTES, CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA

-: ¿¿Cáceres?? ¿Lo dices en serio? Pero...¿Qué se te ha perdido a ti en Cáceres?.

Esas sencillas interrogaciones, acompañadas de ceños fruncidos y muecas en la boca, se habían convertido en la reacción mayoritaria de todos aquellos amigos y seres queridos a los que había comunicado mi decisión de empezar un nuevo proyecto. Una nueva etapa en este sexto capítulo de 365 días de La Crisis que “estalló” en 2007.

Digo “estalló” a propósito, porque España ya llevaba en crisis al menos diez años. La mayoría de los índices socioeconómicos señalaban al abismo hacía tiempo, pero la música seguía sonando: desorbitados precios, alquileres inaccesibles, salarios ridículos continuamente a la baja, polarización del mercado de trabajo, natalidad y fecundidad en caída libre, últimos puestos en las listas de facilidades para la conciliación laboral de la maternidad, precarización de las condiciones laborales, inestabilidad, destrucción de empleo... La única diferencia, es que sólo experimentaban la crisis los que se enfrentaban al día a día con sus únicos medios, sin ayudas familiares o estatales, al “modo anglosajón”: tus ingresos mensuales tienen que poder cubrir tus gastos básicos. En España hacía años que eso no era posible para la inmensa mayoría de la población, pero el crédito y la existencia de extensas y fuertes redes de apoyo familiar restaban significancia a lo que decían los grandes números.

“Haz un máster” “Busca otro trabajo” “Haber estudiado otra cosa” “Haz otro máster” “Oposita”. Cuando La Crisis estalló, ya nadie se atrevía a seguir predicando las antiguas recetas. Ya no se podían costear los títulos de máster o sencillamente todo el mundo tenía uno y seguían en paro. La mayoría comprendió que no era posible “trabajar de lo que haya” porque no había nada. Si tenías trabajo podía ser que tu salario no te permitiese pagar un alquiler. Ya no se podía estudiar porque lo prioritario era pagar los gastos del día a día y ya no se convocaban oposiciones. En cierto modo, lo que la Crisis que empezó en 2007 hizo, fue rejuvenecer a la población, al menos económicamente: les puso en la situación que la mayoría de los jóvenes españoles de entre 21 y 35 años llevaban viviendo casi diez años. Entonces sí, se empezó a hablar de La Crisis.

Volviendo a mi caso particular: La verdad es que desde el punto de vista de mis amigos y familiares podía parecer extraña la decisión de ir a vivir a Extremadura, una tierra con la que no tenía ningún vínculo o relación. Pero en estos años de irrationalidades, descaradas mentiras, impunidad, resignación, puertas cerradas y trabas ¿Qué no era desconcertante?

Hacía dos años había dejado un trabajo interesante pero ni mucho menos estable en el extrarradio de Madrid. En aquel momento de mi vida se produjo una mezcla de dos elementos que reaccionaron en mi cabeza y mis tripas de manera explosiva empujándome hacia un cambio: Actuando como punto de partida, una sensación personal y vital de estancamiento, de rutina, de ausencia de elementos significativos en mi forma de vida y en mi trabajo. Ése era el caldo inicial. El reactivo, la pólvora que inició la reacción: Indignación. Una profunda y sentida indignación ante el acelerado deterioro de las condiciones laborales y el vergonzoso trato por

parte de la administración hacia mis colegas y compañeros de trabajo (El clásico “Si no seguís trabajando con peores condiciones, lo hará otro más barato”). Si a eso le unimos que las calles de Madrid empezaban a desperezarse y alcanzar la temperatura colectiva de ebullición con el movimiento del 15-M, se me hace evidente que se daban todos los elementos necesarios para el cambio. Al menos para mi cambio.

Dejé el trabajo, dejé Madrid después de 8 años y volví a casa de mis padres a León para trazar un plan de vida, una adaptación a La Crisis. Mejoré mis idiomas, realicé formaciones a distancia, participé en decenas de concurso-oposición a diferentes administraciones y organismos, realicé tareas de voluntariado, revisé todos los días diferentes portales de empleo, mantuve informada a mi red de contactos, me compré un coche de segunda mano para ser más contratable, me apunté al paro, acudí a las sesiones de formación... Después de un año, con dos licenciaturas, experiencia en el extranjero y tres años de experiencia laboral en sectores cualificados y sin cualificar no conseguí ni una sola entrevista de trabajo en todo el territorio nacional. Ni una sola. Entre cientos de CV enviados, cinco. Cinco empresas o instituciones tuvieron la decencia de tratarme como un ser humano y no como un recurso humano. Es decir, me enviaron un correo electrónico comunicándome que no había sido elegido pero agradecían mi interés.

Mi siguiente paso fue activar un plan B: solicitar visados en el extranjero. Canadá respondió a la llamada, de manera rápida, cómoda, eficiente y profesional. De esta manera un año después de haber abandonado Madrid y llegado a León, salía del Bilbao y aterrizaba en Toronto. En el siglo XXI es muy fácil moverse, pero muy difícil quedarse quieto en un sitio, permanecer, perdurar.

Un año entero de vida en un país diferente, que hace las cosas diferente y en el que uno aprende a pensar y comportarse diferente... en el que existe más oferta que demanda de trabajo, en el que puedes elegir y diseñar tu jornada y donde se dan facilidades para coordinar incluso tres empleos al mismo tiempo. Donde una media jornada de un trabajo no cualificado ingresa más dinero que una jornada completa de un licenciado español. Un año de muchas, muchas experiencias y recorridos.

Una vez terminado el visado había que volver, y no lo negaré, había ganas de intentarlo de nuevo en España. Una vez que uno había podido respirar aire fresco, una vez que se había alejado de los discursos de La Crisis, ya fuese en los medios, en la calle, en el bar...uno se sentía mejor, era algo necesario desde el punto de vista físico, mental y social.

Al cabo de un mes de volver de Canadá a España, fue cuando se encendió la bombilla en mi cabeza: ¿Por qué no intentarlo en Cáceres?

DESARROLLO: LA CRISIS EN EXTREMADURA

Durante aquel año fuera, bajo mi punto de vista, la situación de España no había mejorado. Me encontré ante los mismos problemas pero más agravados, el discurso de la gente en los bares no había cambiado pero ...yo no era el mismo. Ante la falta de horizontes, de perspectivas, la idea de trabajar con mi cuenta comenzó a cobrar fuerza de manera progresiva. No negaré tampoco, que la reducción especial del impuesto de autónomos para los menores de 30 años tuvo que ver, y mucho, en valorar esta posibilidad.

¿A dónde ir? Por motivos personales descarté mi ciudad natal: León. Además buscaba un reto, un ambiente diferente, pues por experiencia propia y ajena sabía que uno aprovecha mejor el tiempo cuando no tiene tantas comodidades. Los mejores saltos se dan en el espectáculo en directo, no en los entrenamientos, cuando saltas con red.

Madrid, Cataluña, País Vasco, Baleares y Comunidad Valenciana quedaron prácticamente descartados como destinos. La primera por el excesivo coste de la vida, y el resto de Comunidades sencillamente por la barrera del idioma. En el sector de la intervención social en España, las administraciones regionales colocan barreras lingüísticas muy poderosas para que los que no dominen un idioma co-oficial no puedan acceder a un puesto de trabajo en el sector. No sólo las administraciones: Cruz Roja y diversas ONG's, y organismos de Sector Social utilizan la misma estrategia. Conocer la lengua co-oficial no es un mérito, es un requisito imprescindible la mayor parte de las veces para trabajar en determinadas comunidades autónomas. En muchas vacantes se destaca en mayúsculas, que si el candidato no domina la lengua co-oficial haga el favor de NO ENVIAR LA SOLICITUD porque no será tenida en cuenta.

¿Y Extremadura? Contemplando los índices socioeconómicos las perspectivas generales no eran muy alentadoras: una de las regiones más pobres, con los salarios más bajos, con más emigrantes y de las más aisladas de España. Eso era cierto pero... ¿Acaso no implicaba eso otras ventajas competitivas? En efecto: probablemente los alquileres más bajos de España, menor población y menor desarrollo industrial implican también menor competencia para un autónomo de las ciencias sociales, más aún si en la provincia no existe una facultad de mi titulación profesional. Menores ingresos no tienen porqué ser un problema si en la ecuación los gastos son menores también. Como dice el refrán "no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita".

Otra razón de peso fue, qué duda cabe, el hecho de que tuviese dos buenos amigos allí, en Cáceres. Sabía que iba a poder tener a alguien con quien compartir experiencias, alguien a quien preguntar y consultar, alguien que me orientase para moverme en una ciudad en la que sólo había estado dos días en un congreso hacía unos años. Este factor no aparece reflejado en ningún índice socioeconómico pero tiene peso, y mucho, en la búsqueda de empleo y en las migraciones.

Recapitulando: Una vez tomada la senda del cambio en mi vida personal y profesional espoleado, entre otros factores, por La Crisis podríamos considerar el año que pasé en León formándome y buscando empleo como el primero intento (fallido) de adaptación. La salida al extranjero el segundo intento (exitoso pero breve). Por tanto trasladarse a otra provincia y empezar de cero como autónomo sería en mi caso el tercer intento de adaptación a La Crisis. En todos ellos intervinieron multitud de procesos y condicionantes, pero en la decisión de trasladarme a Extremadura hubo tres factores decisivos que, por su propio peso, inclinaron la balanza definitivamente:

1. La rebaja en el impuesto de autónomos a menores de 30 (que nunca hubiesen estado dados de alta como autónomos previamente).
2. Las ventajas competitivas que presentaba Extremadura a mis ojos. (Al menos para una persona joven, con formación, movilidad y sin cargas familiares.)
3. Una mínima red de contactos de confianza (2 personas).

Una vez tomada la decisión, había que empezar cuanto antes a llevarla a cabo.

A lo largo del trabajo de exploración y preparación previo a mi traslado a Cáceres hubo dos aspectos que me habían llamado poderosamente la atención. El primero: el absurdo precio de la vivienda. Por la cantidad de dinero que en Madrid, Barcelona o Toronto uno podía alquilar una habitación sin ventanas en un piso compartido de cuatro habitaciones, en Cáceres tenías un piso entero de cuatro habitaciones para ti solo. La vivienda (compra o alquiler) era muchísimo más accesible que en cualquier ciudad grande o pequeña, española o extranjera, de la que yo hubiese tenido noticia.

El segundo aspecto que me había llamado la atención en mis preparativos pre-mudanza estaba relacionado con el ámbito laboral. Me sorprendió encontrar una cifra interesante y motivadora: Extremadura era una de las regiones con menor número de afiliados a mi colegio profesional. Incluso en otras capitales de provincia con menor población había muchos más afiliados. En ese momento interpreté este hecho como un signo esperanzador para mi tercer proyecto de adaptación a La Crisis.

Armado con estas alentadoras informaciones, al cabo de unas semanas ya tenía piso y empezaba mi vida como ciudadano cacereño. Ya sabía dónde estaban y qué eran “el caballo”, “la cruz” y “la vieja”, había comprado en un “Tambo” y en mi despensa siempre tenía “patatera”. Yo ya me sentía ciudadano cacereño incluso antes de darme de alta en el padrón municipal. Era octubre y hacía calor, mucho calor.

El resto de trámites burocráticos necesarios para mi nueva vida fueron muy sencillos, apenas dediqué 45 minutos en realizar todo el papeleo referente a la Agencia Tributaria, la Seguridad Social y la Tarjeta Sanitaria. Era una ventaja que Cáceres ofrecía a los que decidían instalarse aquí: se podían hacer muchas cosas a lo largo del día. La ciudad es tan pequeña que se puede ir caminando a cualquier punto. No es necesario invertir una hora o dos horas del día en desplazarte para ir a trabajar, hacer compras o realizar gestiones. Los trámites burocráticos se realizan rápidamente, y a menudo se cuenta con la buena disposición y ayuda desinteresada de los funcionarios, que realizan su trabajo de manera poco formal, pero mucho más eficaz que en otros destinos.

-: ¿Trae con usted la fotocopia de esos documentos?- Me interrogó un funcionario de la Seguridad Social.

-: Me temo que no, nadie me dijo que tenía que entregar fotocopia, creí con entregar los originales sería suficiente.- Respondí sorprendido.

-: ¿Pero quién le ha dicho eso?- Contestó entre molesto e incrédulo el funcionario.

Sentí el breve pero poderoso impulso de decirle que me lo había dicho él mismo, en esa misma mesa, llevando exactamente la misma camisa a cuadros, estando los dos sentados en las mismas sillas dos días atrás cuando acudí a preguntar qué papeles necesitaba entregar para realizar los trámites.

-: Un compañero suyo.- Contesté arrastrando las palabras al tiempo que fingía que intentaba localizar al culpable a lo lejos, entre otras mesas.

-: ¡¡La gente no se entera!! ¡¡Así nos va!!

-: No, hay problema, si me dice dónde hay un lugar para hacer fotocopias me voy, las hago y vuelvo en un momento.

-: No se preocupe, se las hago yo aquí. Pero para la próxima vez ya sabe que tiene que traerlas usted.

-: Muchas gracias, muy amable.

No se podía decir lo mismo de los bancos, pues el número de oficinas bancarias en la ciudad de Cáceres era claramente insuficiente. Las entidades se escudaban en que, debido a La Crisis se habían visto obligadas a cerrar oficinas para sanear cuentas. Eso se traducía en que muchas personas teníamos que caminar en ocasiones 15 o 20 minutos para encontrar un cajero que no nos cobrase abusivas comisiones de servicio. El tiempo que se ahorraba en realizar trámites administrativos se compensaba con las largas colas que soportan las escasas oficinas bancarias que había distribuidas de manera muy desigual por distintos barrios de la ciudad. Siempre saturadas, sin importar el día de la semana o la hora a la que se acudiese.

Tras mi primer mes, pude ir haciéndome una composición de lugar ligeramente más acertada de la realidad del Cáceres del que empezaba a formar parte, sus dinámicas, sus significados y la manera en que las cosas funcionan, no de "como dicen que funcionan".

Comencé a atar cabos. El coste de la vivienda era tan bajo porque los salarios eran más bajos, significativamente más bajos. Sabía que la tarifa de mis servicios profesionales tendría que ser más baja. Aún teniendo esto en mente, al consultar las tarifas de otros colegas de profesión no pude evitar sorprenderme. Las tarifas estándar eran un 60% o 70% más bajas que las que existen en otras provincias españolas. Incluso en otras provincias eminentemente rurales, envejecidas, con estancamiento económico crónico y altos índices de emigración las tarifas eran más altas que en Extremadura.

Personalmente este hecho no me preocupaba, sólo significaba que tendría que trabajar mucho más duro para conseguir cubrir unos gastos mínimos, que también iban a ser bajos, pues hacía tiempo que compartía objetivo con la mayoría de la población: mantenerme, no perder dinero. Dejemos el ahorro para cuando se pueda. La realidad me había enviado un telegrama y yo había tardado en ir a recogerlo. El mensaje estaba claro: Ganar 20 euros en Madrid, León, Málaga o Vitoria podía ser difícil, pero cada vez que ingresase 20 euros en Extremadura iba a ser una victoria. Los impuestos, por supuesto, eran los mismos en casi todo el territorio nacional ingresase 20 euros o 100 ahí estarán el 21% de IVA, 11% IRPF, el impuesto sobre hidrocarburos o la cuota de autónomo. Fue en ese momento, cuando comprendí porqué existía un número tan bajo de colegiados profesionales de mi campo.

Investigando un poco quién es quién en la profesión, teniendo en cuenta el tipo de tarifa estándar que circulaba por la región e iniciando mis primeros contactos y experiencias laborales de campo, fui bosquejando en qué tipo de ecosistema profesional me estaba empezando a desenvolver en Extremadura.

Parecía haber dos grupos: por un lado los profesionales colegiados entre 40 y 50 años de edad, con una larga trayectoria en la ciudad, que anunciaban sus servicios a través un amplio despliegue publicitario y exponiendo la riqueza de los medios económicos a su disposición. También existían grupos de profesionales concentrados bajo un nombre comercial. De esta manera se compartía espacio, recursos, y gastos de publicidad, en ocasiones con presencia en más de una localidad de la provincia.

En el segundo grupo podríamos agrupar al resto de jóvenes profesionales, anunciando sus servicios a través de canales preferentemente gratuitos ofreciendo un amplio abanico de servicios de diversa índole, con unas tarifas más que reducidas: regaladas.

Es decir; en una ciudad pequeña, incluso en el sector de las ciencias sociales, aparecían los mismos procesos estructurales que se daban en la economía internacional y nacional: incremento de costes y disminución del margen de ganancia que desemboca en procesos de concentración de capital y de recursos, economías de escala, tendencia a la aparición de franquicias, aumento de la desigualdad entre “jóvenes” y “mayores”, necesidad de compaginar múltiples empleos para cubrir gastos... Traducido a economía doméstica: A mayor nivel de recursos, mayor posibilidad de mantenerlos o incrementarlos. A menor nivel de recursos, menor posibilidad de mantenerlos o de incrementarlos. Hablando en plata: El rico tiende a enriquecerse y el pobre a empobrecerse.

No era algo nuevo, no había descubierto la pólvora. Aún así para mí supuso un cambio en cierto sentido: la constatación personal, biográfica, fenomenológica, de una realidad que tenía asumida en el ámbito de las ideas desde hacía tiempo.

Desde otros agentes sociales de la ciudad me llegaban mensajes coherentes con esa misma idea: sin dinero es muy difícil hacer dinero. Ningún banco me ofrecía condiciones interesantes para abrir una cuenta como autónomo, no encontré en ellos un producto que se adaptase a mis necesidades. Es cierto, que se mostraban muy interesados en que abriera una cuenta donde domiciliar mi pago mensual a la seguridad social, pero las cantidades que me exigían ingresar cada 30 días eran sencillamente inasumibles para un autónomo que está empezando. Si todos los meses no ingresaba en efectivo una cantidad muy cercana al salario mínimo interprofesional en la cuenta, me vería penalizado y tendría que pagarles.

Hasta ese momento no sabía que los bancos podían penalizar a los trabajadores por no ganar lo suficiente. Lo sospechaba, la verdad. Incluso había hecho varios chistes al respecto en diferentes ocasiones, pero nunca había llegado a pensar que fuese algo tan...real.

De esta manera pasaron tres meses desde mi llegada a Cáceres. Era la población más pequeña en la que había vivido hasta la fecha y la verdad es que no me encontraba nada mal. Profesionalmente me encontraba en los inicios de mi actividad allí, a base de llamar a muchas puertas y a la inestimable ayuda de algún amigo que conocía a alguien que estaba buscando a otro alguien que supiese de esto y de aquello podía ir venciendo resistencias y sacar adelante trabajo, contactos, actividades y sobre todo: proyectos, perspectivas... horizontes. Algo que hacía casi dos años que no contemplaba.

Al mismo tiempo, en otros puntos de España, la diáspora de amigos y amigas que se habían exiliado de Madrid por motivos económicos continuaba. Varios de ellos habían optado por el camino de los autónomos desde hacía tiempo. Algunos cubrían gastos y otros ni siquiera eso. Cuando varios abuelos de tus amigos ingresan más dinero al mes con su pensión no contributiva que sus nietos universitarios, es evidente que algo grave está pasando. Todos ellos por encima de los treinta, con varios años de trayectoria profesional (incluyendo el extranjero) a sus espaldas y en ocasiones tras trabajar los siete días a la semana por la noche tenían que volver a casa de sus padres por no poder pagarse un alquiler. Compartir inquietudes, problemas, consejos y recursos siempre ayudaba o por lo menos aliviaba.

Ninguna de estas personas se había hecho autónoma por vocación, sino por pura y dura necesidad, por falta de alternativas. La imagen que proyectaban los medios acerca de los

“emprendedores” no era más que una simple artimaña de mercadotecnia. La palabra “empresario” requiere disponer de un mínimo de capital y arrastra unas connotaciones muy poco favorables para que la emplee una administración pública en plena crisis económica. El Gobierno y los medios de comunicación se empeñaban en resaltar las bondades de hacerse autónomo, o traducido a la neo-lengua de La Crisis: “ser emprendedor”, algo así como ser joven, tener iniciativa, ser tu propio jefe y supuestamente ser el motor que achica el agua del Titanic nacional.

Lo cierto es que ninguno de los autónomos que había conocido hasta la fecha se sentía cómodo con la etiqueta de “emprendedor”. Hábil juego de palabras para disfrazar una cruda realidad: si no quieres quedarte en casa mirando pasar el reloj y sentir que tus mejores años se evaporan velozmente, coge tus ridículos ahorros y dilapídalos pagando abusivos impuestos, tasas o alquileres. Si como autónomo no dispones de demasiados recursos no es un problema: existen iniciativas públicas y privadas que pretenden ayudarte a dar el paso. Un banco o una administración local pondrán a tu disposición créditos o subvenciones que, si alguna vez se hacen efectivos, llegarán una vez que demuestres al menos un año funcionando, cotizando y pagando facturas, con tus propios recursos.

Esa era una de las cosas que yo no llegaba a entender del todo: Si uno dispone de los medios económicos para trabajar por su cuenta o iniciar un negocio no necesita ayudas, créditos o subvenciones. Si por el contrario no tiene los medios y los necesita, pero para solicitar financiación hay que demostrar que tienes dinero ¿Para qué quiere el crédito o la subvención? Si para pedir dinero un requisito es tener dinero... Una pescadilla que se mordía la cola. O como aquella otra que escuché mientras hacía cola para ser atendido en una oficina bancaria del Paseo de Cánovas. Una empleada aconsejaba a un matrimonio mayor con cara de circunstancias:

-:Como no pueden pagar los intereses del préstamo, les facilitaremos otro préstamo para que puedan pagar los intereses del primero.

Y es que desde que había llegado a Cáceres y me había instalado como autónomo, me había encontrado en distintas situaciones que no acaba de comprender del todo aunque me las explicasen una y otra vez: Ayudas económicas para gente que ya tiene dinero, bancos que en lugar de guardar mis ahorros querían penalizarme por no ingresar lo suficiente y ofrecer el endeudamiento como remedio para atajar el endeudamiento.

No todas las situaciones que me generaban extrañeza me dejaban mal sabor de boca, había confusiones, malentendidos que sí que merecían la pena. Como aquella vez que leí un cartel en la calle, en una frutería del centro de Cáceres:

-: No sé si es Brokoli o Brekoli, lo que sí sé es que el kilo vale 0,85€

En otras ocasiones no eran malentendidos, sino combinaciones de significados y símbolos que nunca antes había previsto. Como cuando, paseando por la localidad de Alcántara, dos chicas que rondaban los veinte años pasaron a mi lado. Iban charlando al tiempo que miraban fijamente sus móviles y mascaban chicle, mandando mensajes por Whatsapp al tiempo que ofrecían a todos los viandantes el nuevo sonido de Beyoncé a un volumen que no creía posible en semejantes teléfonos.

-: Acho Leti, este año le he rezado mucho a la Virgen de la Montaña y seguro que encuentro trabajo. Ya verás...Ella nunca me ha negado nada, y si en Junio no tengo nada voy con mi madre a Guadalupe y ya está.

Así da gusto.

El mal tiempo se acercaba, había que empezar a sacar los abrigos y algún día el chubasquero. Volviendo a casa por las noches entre las calles silenciosas del centro el viento agitaba amenazante las palmeras al pasar por la Plaza de la Concepción. Aún así algo me hacía pensar que no iba a encontrar aquí nada parecido digno de ese nombre: Invierno. No después de Canadá.

Volviendo la vista atrás, analizando los tres meses que llevo en Extremadura como autónomo las cosas no han sido fáciles, pero tampoco han sido para tirarse de los pelos. ¿Mi balance? No siempre cuadra. ¿Mis números? El único que sé que no cambia es el de teléfono. ¿Mis predicciones? A corto plazo. ¿Estado de ganancias? Morales ¿Estado de mis pérdidas? Expresado en apellidos ¿Estado de mi capital? Cáceres. ¿Perspectivas de futuro? En proceso.

CONCLUSIONES

Si alguien esperaba encontrar conclusiones, siento defraudarle. No hay conclusiones sobre las que informar; lo que desarrolla este texto es meramente una discusión, una discusión entre diferentes voces y discursos que tiene lugar en la cabeza del narrador. Como relato es una invitación a que el lector participe y lleve las rumiaciones planteadas a otro plano. El suyo. El propósito de este texto no es predictivo, es manifiesto.

Tampoco pretendo disimular el carácter específico y circunstanciado de mi relato, sino compartir “descripciones que nos ayuden a lograr acceso al mundo conceptual en el cual viven nuestros sujetos, de suerte que podamos, en el sentido amplio del término, conversar con ellos.” (Geertz citado en Fernández Moreno 2004, 298). El género biográfico permite acceder más fácilmente a otros niveles de comprensión de los fenómenos humanos que en mi opinión no debemos desechar. Creo que no hay duda de la diferencia entre informarse acerca de un hecho histórico mediante un Manual de Historia que mediante el testimonio de alguien que presenció dicho acontecimiento. Éste último es el nivel de significado que estoy buscando y reivindicando para La Crisis.

La intención de este texto es imponer una significación a la experiencia: Cómo se traduce en términos vivenciales, el dato de las variables socioeconómicas actuales en la situación de una persona con sus circunstancias. ¿Por qué? El precio de no hacerlo me parece muy elevado, pues a partir de determinada altura de miras sólo se ven datos, no personas. Que un país tenga un PIB elevado o que éste crezca varios años seguidos no dice nada de la calidad de vida o de la riqueza de sus habitantes. No se debe(ría) gobernar para los datos, sino para los ciudadanos. Los números no tienen biografías, las personas sí.

Lo contrario, pensar que los fenómenos sociales son realidades ajenas, abstractas, ininteligibles nos puede llevar a implantar medidas que parecen buena idea sobre el papel, pero que pueden producir los efectos opuestos en la realidad del día a día.: Lo que puede beneficiar a un individuo puede perjudicar a la sociedad en su conjunto, (como el funcionamiento por bonus de las macroempresas a sus ejecutivos), unas ayudas sociales mal diseñadas pueden agravar la desigualdad en lugar de frenarla, una ley para restringir las

manifestaciones puede, paradójicamente, incrementar su número y violencia. Los números no votan, no se enfadan, no crían hijos, no pasan hambre, no se desesperan, no tienen dignidad... las personas sí. Creo que no es ninguna locura intentar compensar la balanza: Pasar de tomar decisiones basándonos en la razón de los números, a tomar decisiones teniendo en cuenta también el número de razones.

Este cambio requiere una aproximación diferente. Determinados enfoques en ciencias sociales elaboran productos útiles: números, teorías, modelos... pero carecen de algo. No estoy seguro de si ése algo hay que buscarlo dentro de las mismas ciencias sociales o tenemos que buscarlo en otro lado. El caso es que tengo la sensación de que nos hemos dejado algo por el camino. Personalmente ubicar el día a día en biografías a mí me ayuda a recuperar ese algo.

Tuve un profesor que expresaba esta misma idea diciendo algo así como que "La literatura, como la vida, es una selva y las ciencias sociales un jardín". De esta manera, la metáfora del jardín señala las virtudes y defectos del papel de las ciencias sociales en La Crisis: por un lado proporcionan herramientas de análisis pero, necesariamente, no dejan de ser abstracciones de la realidad, discursos desde torres de marfil, simplificaciones, maneras de hablar, para referirnos a realidades muy complejas y poder transitar por ellas caminos que los científicos-jardineros han despejado para nosotros. Todo científico sabe que las ciencias elaboran mapas, pero no son el territorio. Las ciencias sociales siguen elaborando mapas, pero el problema es que hace tiempo que no sabemos dónde estamos ni a dónde queremos ir. No nos hemos dado cuenta de que la respuesta a La Crisis no va a venir de las matemáticas, ni de la economía, ni de la sociología, ni del derecho, ni de la psicología... Los gobiernos de tecnócratas no son la solución. Gobernar nunca fue la tarea ni el objetivo de las ciencias, pero seguimos actuando como si lo fuese. La ciencia es técnica: fabrica coches o tanques, medicinas o drogas, agranda pechos o extirpa tumores. Nos ayudan a llegar pero, una vez más, no nos indican a dónde ir.

Ahí es donde recuperamos la noción de sentido, de horizonte al que llegar, de relato que guía y orienta la acción.

La vida tradicionalmente ha sido, es y será siempre algo mucho más confuso, más intenso. Eso explicaría porqué con semejantes cantidades de información y de análisis desde distintas disciplinas no parece que el panorama sea más alentador. En los antecedentes señalé que en la primera década del siglo en España ya había crisis para determinados colectivos pero las tramas de sentido mayoritarias la ignoraron hasta que no fue posible, hasta que se extendió. Primero fueron los inmigrantes, luego los jóvenes... hasta que todo el cuerpo social no se contagió de La Crisis parecía que ésta no había existido. Entonces se produjo un cambio: Inmigración ya no era sinónimo de "ir a robar el trabajo" sino de "ir ganarse la vida". Falta un relato que nos aglutine mínimamente, que nos oriente mejor, con más sentido, hacia un horizonte más justo, digno y razonable para todos. Quizás también un horizonte más sobrio y frugal, pero no como consecuencia o castigo sino como elección, como requisito. Quizás recuperar el significado y la noción de "ciudadano" en lugar de "individuo" pueda ser un comienzo.

De ahí que en la metáfora de la selva y el jardín la literatura (y la biografía es un género literario) aparezca como más próxima a la realidad de la vida: se trata de algo más complejo, más confuso pero paradójicamente también algo universal, fácilmente accesible porque dota de

sentido la experiencia de otras personas. Sólo teniendo presente la experiencia de otras personas podremos empezar a vernos como interdependientes, como ciudadanos.

Podemos experimentar otras vidas mediante la literatura, comprenderlas, tenerlas en cuenta, participar de otros modelos de sentido. No es necesario tener un conocimiento experto para captar las ideas a través de narraciones. Desde distintas ciencias sociales (psicología, sociología, antropología, historia...) podríamos analizar y explicar el comportamiento de Raskolnikov, Alonso Quijano, de Ulises, de Madame Bovary... y probablemente rellenaríamos muchas páginas explicando modélicamente su comportamiento y sus circunstancias, pero probablemente no añadiríamos ni una sola palabra interesante. No explicaríamos su mensaje. Yo no tengo ninguna duda de que la Humanidad ha aprendido y se ha orientado más, mejor y durante más tiempo mediante cuentos, relatos, parábolas, fábulas e historias que mediante estadísticas, manuales y matrices de datos.

La idea principal es que mientras que el enfoque mayoritario de las ciencias sociales genera información, la literatura produce significados, marcos de sentido más poderosos, algo que está más cercano a la realidad de las personas. Hoy día creo que estamos más necesitados de comprensión, de significados compartidos, de orientaciones elegidas y ejercidas colectivamente más que de nuevas informaciones compuestas de cifras.

Quizás podamos explicar las razones de la crisis, pero para comprenderla algún día tendremos que hacer un esfuerzo conjunto para revisar un buen número de significados que nunca habíamos cuestionado hasta ahora: "vida normal", "trabajo" "hipoteca", "prima de riesgo", "condiciones laborales"... podríamos tener una vaga idea de lo que significaban esas palabras, pero no de qué sentido tenían para nosotros, de cómo articulábamos nuestras vidas en torno a ellas. ¿Por qué tanta gente compraba un piso para no vivir en él? ¿Por qué esa obsesión por que los hijos fuesen médicos, abogados o ingenieros? ¿Por qué comprar en empresas a sabiendas de que esclavizan trabajadores en países en desarrollo? ¿Por qué tantas personas contrataban productos financieros o bancarios que no comprendían? Para responder a esas cuestiones a las generaciones que vengan tenemos primero que hacérselas a nosotros mismos, incomodarnos y después contestarnos honestamente. De lo contrario corremos el riesgo de que dentro de unos años La Crisis sea contemplada como un error, un fallo, algo que tenía que pasar, o peor aún: como algo que nadie sabe cómo pasó. Como un fenómeno inevitable y trágico que sobrevino y no como algo que, con distintos grados de responsabilidad, generamos nosotros mismos.

Los relatos de La Crisis siguen y seguirán ahí: en los periódicos, en la biografía de cada uno, en ensayos, libros de historia, de economía... como relatos de buenos y malos, como tragicomedia, como relato de aventuras, como un chiste absurdo o como una odisea. Los números también siguen aquí: PIB, deuda externa, prima de riesgo, nivel de endeudamiento, porcentaje de gasto público...

Quizás lo único necesario sea tener más amplitud de miras y entender, de una vez por todas, que La Crisis no es sólo económica. No lo fueron sus causas y tampoco lo están siendo sus consecuencias. Polanyi lo dijo de manera más elegante: "La economía humana, pues, está incrustada y enredada en instituciones económicas y no económicas. La inclusión de lo no económico es vital, pues la religión o el gobierno pueden ser tan importantes para la estructura y el funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias o la disponibilidad de máquinas que aligeren el trabajo de la mano de obra" (citado en Moreno Feliú, 2005, 239).

En muchas publicaciones veo atacar el nivel de gasto de las familias antes de La Crisis como uno de causas que nos han llevado a ella. Cometemos un error si no ponemos el mismo énfasis en analizar los significados compartidos, vivenciales que nos condujeron hacia La Crisis: la noción de que los demás son competidores, entender los estudios universitarios como un camino para "ser alguien" (signifique lo que esto signifique), la asunción del modelo dos hijos-chalet-dos-coches-y-segunda-residencia, el "ándeme yo caliente y riase la gente"... Eso no es estrictamente hablando economía, pero esas son las nociones, los significados que la permiten, la construyen y la definen.

Es ese otro mercado de símbolos, de significados el que pretendía hacer más accesible en este ensayo, ponerlo encima de la mesa en los análisis sobre la Crisis. Aunque fuese desde la perspectiva de una minoría irreductible, circunstanciada e intencionadamente sesgada: mi propio relato.

BIBLIOGRAFÍA:

- Berger, P.L., Luckman, T. (1986) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bruner, J. (1991) *Actos de significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dilthey, W. (1944) *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*. Madrid: Revista de Occidente.
- Fernández Moreno, N (Comp). (2004) *Lecturas de etnología: una introducción a la comparación en antropología*. Madrid: UNED
- Moreno Feliu, P. (2005) *Entre las gracias y el molino satánico. Lecturas de Antropología Económica*. Madrid: UNED.
- Rosa, A. Huertas, J.A. y Blanco. F. (1996). *Metodología para la Historia de la Psicología*. Madrid: Ed. Alianza
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*: Anagrama